



Economía circular



Concurso
Escuelas
Sustentables
SEGUNDA EDICIÓN

Índice

Introducción a la economía circular	1
Principios clave de la economía circular	2
El modelo lineal vs. el modelo circular	5
Antecedentes y contexto global	8
Estrategias y prácticas de economía circular	10
Contexto regional	13
Economía circular en la vida cotidiana y en la escuela	15

Introducción a la economía circular

La economía circular es un enfoque que busca transformar la manera en que producimos, consumimos y gestionamos los recursos. A diferencia del modelo tradicional, basado en extraer, fabricar, usar y desechar, la economía circular propone mantener los materiales y productos en uso durante el mayor tiempo posible, reducir al mínimo la generación de residuos y aprovecharlos como insumos para nuevos procesos. Se trata de un cambio de perspectiva que apunta a imitar los ciclos de la naturaleza, donde nada se desperdicia y todo se reintegra al sistema.

Introducir este tema en el aula ofrece también la posibilidad de conectar con problemáticas cercanas. Desde la gestión de los residuos en la escuela hasta el análisis de productos que utilizan diariamente, los estudiantes pueden observar con claridad la diferencia entre un modelo lineal y uno circular. Esta perspectiva abre la puerta a trabajar con proyectos concretos, fomentar el pensamiento crítico y estimular la creatividad en la búsqueda de alternativas más sostenibles para el entorno escolar y comunitario.

Este concepto ha cobrado relevancia en los últimos años porque responde a dos desafíos centrales: la creciente presión sobre los recursos naturales y la generación de residuos en volúmenes que superan la capacidad de los ecosistemas para absorberlos. En este sentido, la economía circular no se limita al reciclaje, sino que lo trasciende, incorporando prácticas como el rediseño de productos, la reutilización de materiales, la reparación y la innovación en modelos de negocio más sostenibles.

En el contexto educativo, resulta especialmente importante acercar este enfoque a los estudiantes, ya que la escuela es un espacio privilegiado para reflexionar sobre hábitos de consumo y gestión de residuos. Comprender la economía circular permite a los jóvenes identificar el impacto de sus decisiones cotidianas y, al mismo tiempo, visualizar oportunidades para aportar soluciones en su comunidad. Además, el tema se vincula de manera directa con los Objetivos de Desarrollo Sostenible de la Agenda 2030, en particular con el ODS 12 sobre producción y consumo responsables.



Principios clave de la economía circular

La economía circular se sostiene en un conjunto de principios que orientan la transición desde el modelo lineal hacia sistemas productivos y de consumo más sostenibles. Estos principios no deben entenderse como una receta única, sino como una serie de lineamientos que pueden aplicarse de manera flexible en distintos contextos: desde la industria hasta la vida cotidiana. Comprenderlos en profundidad permite a los docentes y estudiantes analizar situaciones concretas y reconocer oportunidades de cambio en su entorno.

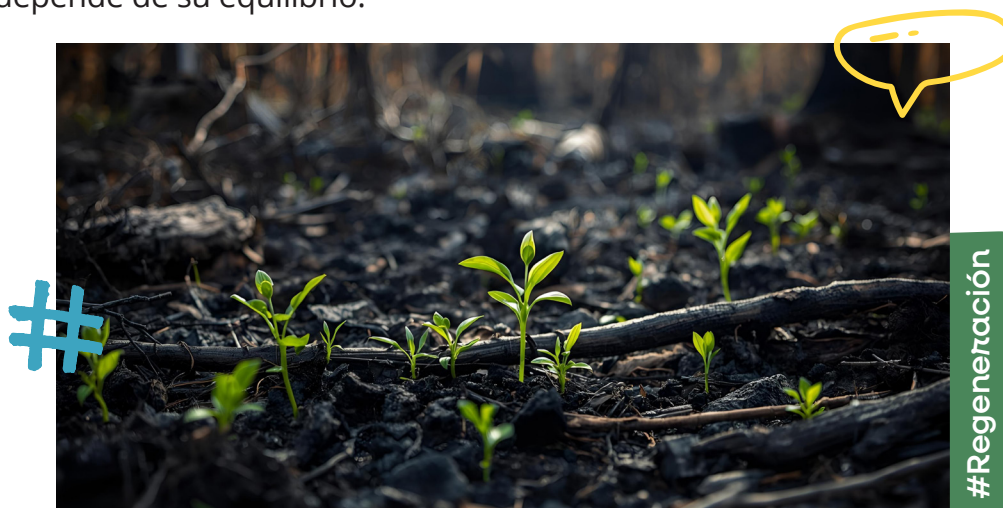
El primero de estos principios es el diseño para evitar residuos y contaminación. Gran parte de los problemas ambientales actuales se originan en las etapas iniciales de producción, cuando los productos son concebidos sin considerar qué ocurrirá al final de su vida útil. La economía circular propone incorporar la sostenibilidad desde el momento en que se piensa un producto o servicio. Esto implica seleccionar materiales más seguros, prever su reutilización o reciclaje y reducir al máximo los elementos desechables. Un ejemplo cercano puede encontrarse en los envases retornables de vidrio, diseñados para ser lavados y reutilizados múltiples veces antes de ser descartados. Este principio invita a reflexionar sobre cómo las decisiones en el diseño impactan directamente en la cantidad de residuos que generamos.



El segundo principio busca mantener los productos y materiales en uso el mayor tiempo posible. Esto se logra a través de estrategias como la reparación, la reutilización y la actualización de componentes. A diferencia del modelo lineal, que considera a los objetos como desechables una vez que presentan fallas, la economía circular promueve extender su vida útil. Un caso cotidiano es el de los electrodomésticos: mientras que en muchos hogares se reemplazan por modelos nuevos ante una falla, la circularidad propone reparar la pieza dañada o adaptarla para que siga cumpliendo su función. Este enfoque no solo disminuye la cantidad de residuos, sino que también favorece la creación de nuevas actividades económicas, como talleres de reparación y negocios de segunda mano.

El tercer principio se relaciona con la regeneración de los sistemas naturales. A diferencia de otros enfoques que se concentran únicamente en reducir el daño ambiental, la economía circular plantea la necesidad de devolverle a los ecosistemas parte de lo

que extraemos de ellos. Esto implica, por ejemplo, promover prácticas agrícolas que fortalezcan la fertilidad del suelo en lugar de agotarla, impulsando sistemas de compostaje que devuelvan nutrientes a la tierra a partir de los restos orgánicos. También incluye el uso responsable del agua y la recuperación de espacios verdes urbanos, que no solo benefician a la biodiversidad, sino que contribuyen a mejorar la calidad de vida de las comunidades. Este principio nos recuerda que la economía no es ajena a la naturaleza, sino que depende de su equilibrio.



Estos tres principios fundamentales están interconectados. Diseñar productos más sostenibles facilita que se mantengan en uso por más tiempo y, al mismo tiempo, reduce la presión sobre los ecosistemas. De manera complementaria, regenerar los sistemas naturales asegura que los recursos continúen disponibles para sostener a las generaciones futuras. Por eso, hablar de economía circular no significa únicamente enfocarse en residuos, sino en un modelo integral que vincula producción, consumo y medio ambiente en un ciclo continuo.

En el ámbito escolar, estos principios pueden trabajarse con ejemplos simples y cercanos. El diseño sin residuos puede analizarse a partir del empaquetado de los alimentos que consumen diariamente los estudiantes. La idea de mantener productos en uso puede explorarse a través de proyectos de reparación de muebles escolares o campañas de intercambio de útiles en buen estado. Finalmente, la regeneración de sistemas naturales puede ponerse en práctica con la creación de una compostera en el patio de la escuela o la organización de actividades de forestación en la comunidad. De esta manera, los principios de la economía circular dejan de ser conceptos abstractos para transformarse en experiencias concretas que los estudiantes pueden observar, discutir y aplicar en su vida cotidiana.

Trabajar con estos principios en el aula abre también la posibilidad de vincularlos con otros temas del currículo escolar, como la biología, la tecnología o las ciencias sociales. Permite, además, fomentar competencias transversales como el pensamiento crítico, la creatividad y la resolución de problemas. Al analizar casos reales y discutir posibles alternativas, los estudiantes pueden comprender que las decisiones en torno al uso de los recursos no son neutras, sino que tienen consecuencias económicas, sociales y ambientales. De este modo, la economía circular se convierte en un marco útil para pensar no solo en cómo reducir residuos, sino también en cómo construir un futuro más sostenible desde la educación y la comunidad.

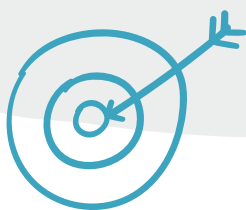


Actividad disparadora

Lleve al aula tres objetos cotidianos distintos: por ejemplo, una botella plástica descartable, un cuaderno usado y una cáscara de fruta. Plantee a los estudiantes la siguiente pregunta:

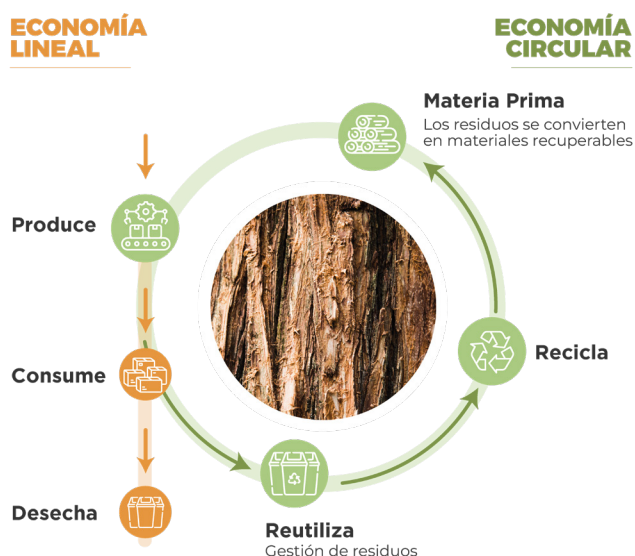
“¿Qué destino tendría cada uno de estos objetos en un modelo lineal y qué destino podría tener en un modelo circular?”

Luego, organice un breve intercambio grupal para que los estudiantes propongan alternativas de diseño, reutilización o reintegración a la naturaleza según corresponda.



El modelo lineal vs. el modelo circular

Para comprender en profundidad qué propone la economía circular es necesario detenerse en la comparación con el modelo que ha predominado en la economía moderna: el modelo lineal. Este se basa en una secuencia sencilla de etapas que suele resumirse en “extraer, producir, consumir y desechar”. Durante décadas, este esquema fue visto como eficiente porque impulsó el crecimiento económico y facilitó el acceso a bienes y servicios a gran escala. Sin embargo, hoy resulta evidente que su continuidad genera problemas ambientales y sociales de gran magnitud. La sobreexplotación de recursos naturales, la acumulación de residuos y la creciente contaminación son consecuencias directas de este sistema que no contempla lo que ocurre al final de la vida útil de los productos.



En un modelo lineal, los recursos se tratan como si fueran infinitos. Se extraen materias primas (petróleo, piedras, metales, agua, madera), se transforman en productos y, tras su uso, se eliminan como basura. El costo ambiental de este proceso no se incluye en la cuenta económica: los impactos quedan externalizados hacia los ecosistemas y las comunidades. Un ejemplo claro es el de los plásticos de un solo uso. Son fabricados con recursos derivados del petróleo, empleados durante unos pocos minutos y luego descartados. El resultado es la generación de residuos que permanecen en el ambiente durante siglos, afectando suelos, ríos y océanos.

La economía circular propone un cambio de enfoque radical frente a esta lógica. En lugar de ver los productos como algo que tiene un comienzo y un final, se los entiende como parte de ciclos continuos donde los materiales mantienen su valor. La circularidad busca que los recursos permanezcan en uso el mayor tiempo posible y que, cuando un producto ya no pueda cumplir su función, sus componentes se reintegren a nuevos procesos. Así, se reemplaza la idea de “fin de vida” por la de “nuevo comienzo”.

Las diferencias entre ambos modelos se vuelven claras si se los observa en términos de flujos de materiales y energía. Mientras que el modelo lineal se asemeja a una línea recta que termina en un punto muerto —como un basural o bajo incineración—, el circular se asemeja a un ciclo en el que los materiales circulan una y otra vez. Esta comparación puede resultar útil en el aula para graficar el contraste y mostrar que no se trata solamente de reciclar, sino de repensar todo el sistema desde la producción hasta el consumo.



Además de los aspectos ambientales, los dos modelos generan dinámicas económicas y sociales muy distintas. El modelo lineal concentra valor en pocas etapas: principalmente en la extracción y la venta del producto. En cambio, el modelo circular abre espacio a nuevas actividades intermedias como la reparación, la reutilización, el rediseño y la logística inversa. Esto se traduce en oportunidades de empleo y en la creación de nuevos sectores productivos. Por ejemplo, talleres de reparación de bicicletas o electrodomésticos, emprendimientos de moda circular o cooperativas de reciclado encuentran en este esquema un lugar de desarrollo.

En contextos locales, como el de la provincia de Córdoba, la diferencia entre ambos modelos también puede observarse en la gestión de residuos urbanos. Bajo un enfoque lineal, la mayor parte de los desechos termina en rellenos sanitarios, donde ocupa espacio y genera emisiones contaminantes. Bajo un enfoque circular, esos mismos residuos se consideran recursos: los orgánicos pueden transformarse en compost, los plásticos en nuevos insumos y el papel en material reciclado. De esta manera, lo que en el modelo lineal se concibe como un problema pasa a convertirse en una oportunidad de generar valor económico y ambiental.

La comparación entre ambos modelos resulta especialmente valiosa porque ayuda a reconocer que las formas en que producimos y consumimos no son neutras ni inevitables. Mostrar que existen alternativas posibles al modelo lineal abre la puerta a reflexionar sobre el rol de cada persona en la transición hacia un modelo más sostenible. El contraste, entonces, no se limita a una cuestión conceptual, sino que se convierte en una herramienta pedagógica para analizar problemas locales y pensar soluciones prácticas dentro de la escuela y la comunidad.





Pregunta disparadora

En la escuela usamos botellas de agua de plástico descartables y también termos recargables.

"¿Cuál de estos objetos responde más al modelo lineal y cuál al modelo circular? ¿Por qué?"



Antecedentes y contexto global

El concepto de economía circular no surgió de un día para otro, sino que se fue construyendo a partir de diversas corrientes de pensamiento y experiencias que buscaban dar respuesta a los problemas ambientales y sociales derivados del crecimiento económico acelerado. En la segunda mitad del siglo XX, comenzaron a consolidarse críticas al modelo lineal de producción y consumo debido al uso intensivo de recursos y a la generación de grandes volúmenes de residuos. Estas preocupaciones se reflejaron en informes y conferencias internacionales que advertían sobre los límites del planeta y la necesidad de modificar la forma en que la economía interactúa con la naturaleza.

Uno de los antecedentes más influyentes fue el informe “Los límites del crecimiento” publicado en 1972 por el Club de Roma, que señalaba los riesgos de mantener un modelo económico basado en el consumo creciente de recursos no renovables. A partir de allí, distintas corrientes como la ecología industrial, el diseño para el medio ambiente y la teoría de la cuna a la cuna (cradle to cradle) fueron aportando ideas que hoy forman parte de la base conceptual de la economía circular. Todas ellas coincidían en la importancia de cerrar ciclos y de reducir la presión que las actividades humanas ejercen sobre los ecosistemas.

En el plano político, la adopción de la Agenda 2030 de las Naciones Unidas en 2015 representó un hito clave. Entre sus 17 Objetivos de Desarrollo Sostenible, el ODS 12 sobre producción y consumo responsables y el ODS 13 sobre acción climática destacan la necesidad de replantear los modelos de desarrollo. En paralelo, la Unión Europea fue una de las regiones pioneras en establecer estrategias de economía circular como parte de sus políticas ambientales y de innovación, impulsando regulaciones para que los Estados miembros reduzcan residuos, promuevan el ecodiseño y desarrollen mercados de materias primas secundarias.



En América Latina, la discusión ha ido ganando espacio en la última década, especialmente vinculada a la gestión de residuos y al aprovechamiento de recursos naturales. Países como Colombia y Chile han avanzado en la elaboración de estrategias nacionales de economía circular, mientras que en Argentina se han multiplicado las iniciativas locales, tanto públicas como privadas, que buscan integrar este enfoque. En este contexto, el tema se convierte en una referencia global para repensar cómo se articulan los desafíos ambientales con las necesidades sociales y económicas.

De este modo, la economía circular se presenta no solo como una propuesta teórica, sino como una construcción colectiva que se alimenta de antecedentes científicos, políticos y prácticos. Su desarrollo a nivel internacional ofrece un marco útil para entender por qué se trata de un tema de creciente interés y cómo puede adaptarse a diferentes realidades, incluidas las de nuestras comunidades escolares y locales.



Pregunta disparadora

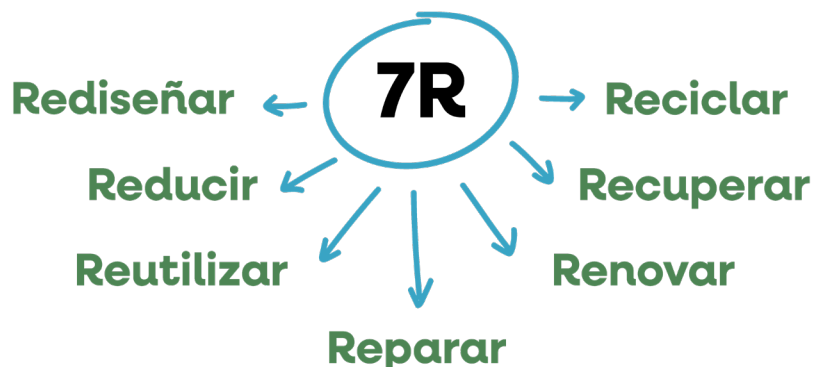
El ODS 12 propone garantizar modalidades de consumo y producción sostenibles.

"¿Qué hábitos de consumo cotidiano en la escuela podrían repensarse para estar más cerca de este objetivo?"



* Estrategias y prácticas de economía circular

La economía circular se concreta a través de una serie de estrategias que buscan cambiar la manera en que producimos y consumimos. Estas estrategias, muchas veces resumidas en las llamadas “7R”, constituyen una guía práctica para orientar acciones tanto en la vida cotidiana como en ámbitos productivos y educativos. No se trata de pasos rígidos, sino de enfoques complementarios que permiten visualizar diferentes formas de aprovechar los recursos de manera más eficiente y responsable.



El primer enfoque es **rediseñar**, que implica concebir productos y procesos desde una mirada más sostenible. Esto puede significar, por ejemplo, diseñar objetos con materiales reciclados o pensados para durar más tiempo. Al trasladarlo a la escuela, rediseñar puede traducirse en replantear cómo se elaboran los materiales didácticos, buscando versiones digitales, reutilizables o con menos papel, de modo que su uso sea más eficiente y amigable con el ambiente.

Reducir está vinculado con el objetivo de disminuir la cantidad de recursos y energía que utilizamos en nuestras actividades diarias. En la industria, esto se traduce en procesos más eficientes que demanden menos materias primas. En el ámbito escolar, reducir puede expresarse en acciones simples como apagar las luces en aulas vacías o llevar botellas reutilizables en lugar de comprar envases descartables.

La **reutilización** es otra práctica fundamental. Consiste en extender la vida útil de los productos usándolos más de una vez, aunque no siempre cumplan exactamente la misma función original. Un ejemplo concreto es el de los frascos de vidrio que, una vez vacíos, pueden transformarse en contenedores para guardar materiales escolares. Este principio favorece la creatividad y permite que los estudiantes experimenten con soluciones sencillas aplicables en su entorno inmediato.

Reparar se centra en la posibilidad de arreglar objetos antes de desecharlos. En el modelo lineal, la tendencia suele ser reemplazar rápidamente cualquier producto que deja de funcionar. La economía circular propone cambiar esta lógica y recuperar la cultura de la reparación. Desde un electrodoméstico hasta una bicicleta, reparar implica valorar el trabajo manual y reconocer que muchos objetos todavía tienen un uso posible con

una intervención adecuada. En el ámbito educativo, talleres de reparación de mobiliario escolar o de equipos informáticos pueden convertirse en experiencias de aprendizaje significativas.

El principio de **renovar** se relaciona con actualizar productos para darles un nuevo ciclo de vida. En algunos casos, se trata de modernizar equipos para mejorar su rendimiento sin necesidad de adquirir nuevos. En la industria tecnológica, esta estrategia es especialmente relevante: reemplazar ciertos componentes permite que los dispositivos se mantengan vigentes durante más tiempo. Para los estudiantes, esta idea puede ilustrarse con la práctica de actualizar software en lugar de descartar un equipo que aún funciona.

Recuperar significa aprovechar piezas o materiales que todavía tienen valor aunque el objeto ya no sirva en su conjunto. En una mochila rota, por ejemplo, se pueden rescatar cierres, hebillas o tiras para usarlas en otra mochila o en un nuevo producto.

Reciclar es quizás la práctica más conocida, pero ocupa un lugar complementario en la economía circular. Consiste en transformar los residuos en nuevos materiales o productos, evitando que terminen en vertederos. Aunque es una herramienta valiosa, no siempre alcanza por sí sola. En Córdoba, por ejemplo, existen plantas que procesan plásticos, metales y papel, pero enfrentan desafíos en la separación en origen y la logística de recolección.

Estas estrategias muestran que la economía circular no es un concepto abstracto, sino un conjunto de prácticas aplicables en diferentes niveles. En las industrias, permiten optimizar procesos y reducir costos ambientales; en las comunidades, abren oportunidades de empleo y fortalecen el vínculo con el entorno; y en las escuelas, brindan herramientas para que docentes y estudiantes trabajen de manera práctica los principios de la sustentabilidad. Incorporarlas en proyectos escolares, como campañas de reutilización de útiles o ferias de intercambio, facilita la conexión entre teoría y práctica, y ayuda a que los estudiantes reconozcan que cada pequeña acción forma parte de un sistema más amplio de transformación.

Caso práctico

Para visualizar cómo estas estrategias pueden convivir en un mismo objeto, pensemos en una mochila escolar. Podemos repensar si realmente necesitamos una nueva cada año o si es posible organizar mejor lo que llevamos. Al comprarla, podemos reducir el consumo eligiendo un modelo durable en lugar de uno descartable. Si con el tiempo se rompe el cierre, podemos repararla para seguir usándola. También es posible reutilizarla pasándola a un hermano menor o dándole un nuevo uso, como bolso de guardado. En algunos casos, una mochila puede renovarse agregándole parches o adaptaciones para extender su vida útil. Si ya no sirve, el material textil puede reciclarse para transformarse en otro producto. Finalmente, parte de sus componentes puede recuperarse, como hebillas o cierres, para ser incorporados en nuevos objetos.



Actividad

Elija junto a sus estudiantes un objeto cotidiano distinto a la mochila (por ejemplo, un celular, una campera o una botella). Pídales que describan cómo aplicarían en ese objeto cada una de las 7R de la economía circular.



Contexto regional

El concepto de economía circular puede parecer abstracto si se lo analiza únicamente desde la teoría. Sin embargo, en Córdoba y en Argentina existen numerosos ejemplos que muestran cómo estos principios se aplican de manera concreta en diferentes sectores productivos, sociales y comunitarios. Estos casos permiten acercar la circularidad a la realidad de los estudiantes y facilitan la comprensión de que no se trata de ideas lejanas, sino de prácticas que ya están en marcha en el propio territorio.

En el ámbito de la gestión de residuos urbanos, varios municipios de Córdoba han desarrollado programas de separación en origen y centros verdes de clasificación.



En Córdoba capital funcionan Centros de Transferencia de Residuos que permiten a los vecinos llevar de manera gratuita aquellos materiales que no pueden disponerse en los cestos domiciliarios. Allí se reciben escombros, restos de poda, metales, plásticos, vidrios, neumáticos, muebles, electrodomésticos y chatarras, entre otros. Estos centros operan como espacios intermedios: los residuos son clasificados y derivados a plantas de reciclaje o disposición final adecuada, evitando que terminen en basurales o en la vía pública. Su implementación busca fomentar la correcta gestión de los residuos voluminosos y contribuir a una ciudad más limpia y ordenada.



En el marco de la economía circular, BioCórdoba impulsa espacios de comercialización y difusión para emprendimientos que transforman residuos en nuevos productos. A través de sus ferias, se promueve la reutilización y el reciclaje de materiales como plásticos, vidrios, textiles y orgánicos, fomentando el consumo responsable y el apoyo a productores locales. Estas acciones no solo reducen la cantidad de residuos que terminan en basurales, sino que también generan oportunidades de empleo verde y fortalecen un mercado basado en la valorización de los recursos.

Estas iniciativas, no solo reducen la cantidad de residuos que llegan al predio de disposición final de Piedras Blancas, que funciona como el relleno sanitario de la ciudad de Córdoba, sino que también genera empleo y fortalece la inclusión social.

En el sector empresarial, también se registran avances significativos. Una de las iniciativas en la provincia es la valorización de neumáticos fuera de uso. Empresas privadas, en articulación con organismos públicos, han comenzado a triturar estos neumáticos para transformarlos en insumos de mezclas asfálticas. De esta manera, se reduce un pasivo ambiental que solía acumularse en basurales y se genera un nuevo material útil para la construcción de rutas. Este ejemplo resulta especialmente interesante porque vincula innovación tecnológica, reducción de residuos y beneficios económicos en una misma práctica.



Relleno Sanitario, Piedras Blancas

El sector agrícola, clave en la economía de Córdoba y de gran parte del país, también ofrece ejemplos de circularidad. Algunos establecimientos agropecuarios han implementado biodigestores que permiten transformar los residuos orgánicos —como estiércol o restos de cosecha— en biogás y fertilizantes naturales. El biogás puede emplearse como fuente de energía renovable para cubrir parte de las necesidades del establecimiento, mientras que el fertilizante retorna al suelo, cerrando un ciclo virtuoso. Este tipo de proyectos conecta directamente con la idea de regenerar los sistemas naturales y demuestra que la circularidad no es exclusiva de las ciudades o las industrias, sino que también puede formar parte de las actividades rurales.

En el campo de los alimentos y los envases, distintas cooperativas y emprendimientos han impulsado prácticas de reutilización y reciclado. Algunas fábricas han incorporado envases retornables de vidrio, que pueden ser lavados y puestos nuevamente en circulación varias veces antes de desecharse. Otras han optado por empaques compostables, que se degradan en condiciones adecuadas y pueden reincorporarse al suelo como nutrientes. Estas innovaciones muestran cómo la economía circular se conecta con decisiones de diseño que tienen un impacto directo en los hábitos de consumo de la población.

Las escuelas tampoco han quedado al margen de estas experiencias. En diferentes localidades de Córdoba se han desarrollado proyectos educativos vinculados al compostaje, a la construcción de huertas escolares con insumos reciclados o a ferias de intercambio de libros y útiles. Estas iniciativas no solo enseñan a los estudiantes principios de economía circular, sino que también los involucran como protagonistas de acciones concretas en su comunidad. En muchos casos, los proyectos escolares logran extenderse más allá del ámbito educativo y contagiar buenas prácticas a las familias y a los barrios.

Economía circular en la vida cotidiana y en la escuela

La economía circular no se limita a políticas públicas ni a iniciativas empresariales de gran escala. También puede integrarse en la vida cotidiana y, de manera muy concreta, en el ámbito escolar. Incorporar sus principios en las prácticas diarias ayuda a que los estudiantes y la comunidad comprenda cómo sus decisiones individuales y colectivas influyen en el uso de recursos y en la generación de residuos.

En la vida diaria, aplicar la circularidad significa adoptar hábitos que reduzcan el consumo innecesario y prolonguen la vida útil de los objetos. Llevar bolsas reutilizables, optar por botellas recargables o reparar un electrodoméstico en lugar de desecharlo son acciones que, aunque sencillas, generan un impacto acumulativo importante. Estos ejemplos son cercanos para los jóvenes y permiten que reconozcan que la circularidad no es algo abstracto, sino un enfoque que puede implementarse en sus propias rutinas.

La escuela es un espacio privilegiado para poner en práctica este enfoque, ya que concentra una diversidad de actividades y recursos que pueden gestionarse de manera más responsable. Separar los residuos en origen, instalar composteras para aprovechar los restos de alimentos, organizar ferias de intercambio de ropa, libros o útiles, o implementar proyectos de reutilización de materiales en los talleres son ejemplos claros de cómo la circularidad puede integrarse al entorno escolar. Estas acciones no solo disminuyen la cantidad de desechos, sino que también fortalecen la participación de la comunidad educativa y promueven la cooperación entre docentes, estudiantes y familias.



Además, trabajar con proyectos circulares en la escuela permite vincular los contenidos de diferentes materias. Un compost escolar puede relacionarse con biología y ciencias naturales; la reutilización de materiales puede conectarse con artes y tecnología; y la gestión de residuos con contenidos de ciencias sociales vinculados a políticas públicas y ciudadanía. De esta manera, la economía circular se convierte en un eje transversal que no solo promueve prácticas sostenibles, sino que también enriquece el aprendizaje en distintas áreas del currículo.



Concurso Escuelas Sustentables

SEGUNDA EDICIÓN



Ministerio de
EDUCACIÓN

Ministerio de
**AMBIENTE Y
ECONOMÍA CIRCULAR**

Ministerio de
**INFRAESTRUCTURA
Y SERVICIOS PÚBLICOS**

Agencia
**CÓRDOBA
JOVEN**



LaVoz